

porque, como puede verse en Barbier, tomó todos los cocineros de M. de Aguesseau, cuya mesa consumía por sí sola 80.000 libras. La comida dada por él en Versalles para celebrar el primer consejo que tuvo, costó 6.000 libras, y necesita todos los días en Versalles y en París una mesa de 120 cubiertos.» Como dice Aubertin en su *Espíritu público* en el siglo XVIII, 255, el mariscal de Sajonia pone cada día dos mesas, una de 60 cubiertos y otra de 80, tiene 400 caballos en sus cuadras, una lista civil de más de 100.000 escudos, un regimiento de hulanos para su custodia, un teatro que costó más de 600.000 libras, y la existencia que lleva y la que se lleva en torno suyo se parece á una bacanal de Rubens. En cuanto á los gobernadores generales ó particulares de provincia, vimos ya que cuando viven en ella no tienen más ocupación que la de las recepciones; á su lado el intendente que es el único que despacha los asuntos, recibe también de una manera magnífica, sobre todo, en las comarcas en que hay Estados. Comandantes, tenientes generales, en todas partes los delegados del centro son arrastrados por las costumbres, por las conveniencias y por su propia ociosidad á abrir sus salones; llevan consigo la elegancia y la hospitalidad de Versalles. Si su esposa les acompaña, se fastidia y «vegeta, como dice madame de Genlis en su *Adele et Theodore*, III, 54, en medio de cincuenta personas que no dicen más que lugares comunes, y no hacen más que enmarañar ó jugar á la lotería, y pasar tres horas en la mesa.» Pero «todos los militares, todos los gentil-hombres de las cercanías, todas las señoras de la población,» acuden presurosos á sus bailes y celebran en el delegado «su gracia, su política, su llaneza.» Hasta en los grados secundarios, se hallan estos hábitos de suntuosidad. En virtud de la costumbre establecida, los coroneles y hasta los capitanes, tratan á sus oficiales y gastan así, «mucho más del producto de su sueldo,» y como dice Voltaire en sus *Entretiens*, «un regimiento no es el premio de los servicios sino el de la suma que los padres de un joven han depositado para que durante tres meses del año vaya á poner mesa franca en una ciudad de provincia.» Lo mismo sucedía, según el duque de Levis, en el ejército inglés antes de la reforma. Hasta es ello una de las razones por las cuales se reservan los regimientos á los hijos de buenas casas y las compañías á los gentil-hombres ricos. Del gran árbol real, opulentamente desplegado en Versalles, arrancan vástagos que se extienden por millares sobre la Francia entera para desplegarse en ella en ramilletes de gala y funciones de corte.

V

Con arreglo á este modelo y por efecto de la temperatura, se ven los tallos aristocráticos terminar en una florescencia social hasta en las más remotas y atrasadas provincias. A falta de otra ocupación, los nobles se imitan, y el oficio principal de un caballero notable, es el de hacer dignamente los honores de su casa; y me refiero en este punto á los eclesiásticos lo mismo que á los laicos. Los 131 obispos y arzobispos, los 700 abades comendadores, son gente de sociedad; tienen buenos modales, son ricos, no son austeros y su palacio episcopal ó su abadía es para ellos una casa de campo que restauran y embellecen por respeto al tiempo en que en ella residen y á las personas que en la misma reciben ó acogen. En Clairvaux, según Beugnot I, 79. Dom. Rocourt, muy fino para con los hombres y más galante aún con las mujeres, no usa más carruaje que el de cuatro caballos con un picador delante; se hace dar tratamiento de Monseñor por sus frailes y tiene una verdadera corte. La cartuja de Val-Saint-Pierre es un palacio suntuoso en medio de una inmensa posesión y el padre procurador Dom. Effinger, se pasa los días recibiendo huéspedes, como puede leerse en la *Vie et correspondence*, de Merlin de Thionville. En el convento de Origny, según las *Memorias* de Mme. de Genlis «la abadesa tiene criados, caballos en carruaje y recibe á los hombres que van de visita ó invitados á su mesa, en sus aposentos particulares.» La princesa Cristina, abadesa de Remiremont, y sus damas canonesas, están casi siempre de camino, y sin embargo, «se divierte uno en la abadía» se recibe en ella mucha sociedad, «en los aposentos particulares de la princesa y en los de los forasteros,» según dice Mme. d' Oberkirk, I, 15. Los 25 capítulos nobles de mujeres, y los 19 de hombres son otros tantos salones permanentes, y constantes lugares de buena sociedad que una débil barrera separa apenas del gran mundo en que fué reclutada. En el capítulo de Alix, cerca de Lyon, las canonesas van al coro con guarda-infantes, vestidas como en el mundo,» con la sola diferencia de que sus telas son de seda negra, y el manto está forrado de armiño. En el capítulo de Ottmarsheim en Alsacia «nuestros ocho días, dice una visitante, se pasaron paseando, visitando el trazado de las vías romanas, riendo mucho, hasta bailando, porque iba mucha sociedad á la abadía, y sobre todo, hablando trapajoso.» Cerca de Sarrelouis las canonesas de Loutre comen con ofi-

ciales y no son nada gazmoñas, según dice de Lauzun en sus memorias. Muchos conventos son gratos y decentes asilos para señoras viudas, para jóvenes esposas cuyos maridos están en el ejército, ó para jóvenes de condición, y la superiora, que lo es generalmente una señorita, sostiene con desembarazo y destreza el cetro de esta alegre sociedad femenina. Pero en parte alguna, la pompa, la hospitalidad y la muchedumbre son tan grandes como en los palacios episcopales. Ya he descrito la situación de los obispos; opulentos, en posesión de sus derechos feudales, herederos y sucesores de los antiguos soberanos de la comarca, y á más de eso, gente á la moda y acostumbrada á Versalles ¿cómo dejarían de tener una corte? Un Cicé, arzobispo de Burdeos; un Dillon, arzobispo de Narbona; un Brienne, arzobispo de Tolosa; un Castellane, obispo de Mende y señor feudal de todo el Gévaudan; un arzobispo de Cambrai, duque del mismo nombre, señor feudal de todo el Cambrésis y presidente nato de los Estados provinciales, todos en su mayor parte son príncipes, ¿no es, pues, necesario que hagan el papel de tales? Por esta razón todos ellos cazan, edifican, tienen clientes, huéspedes, una hora de levantarse, una antecámara, ujieres, oficiales, mesa puesta, casa montada, trenes y más generalmente deudas, última circunstancia que completa á un gran señor. En el palacio casi real que los Rohanes, obispos hereditarios de Strasburgo y cardenales de tío y sobrino se edificaron en Saverne, hay como puede verse en las *Memorias* del marqués de Valfons, 60.700 camas, 180 caballos, 14 mayordomos y 25 camareros. «Toda la provincia se reúne en él,» el cardenal ha hospedado á un tiempo hasta 200 convidados sin contar los criados; en todo tiempo se hallan en su casa «de veinte á treinta mujeres de las más amables de la provincia y con frecuencia se aumenta este número con las de la corte y de París.» «A las nueve de la noche, todos cenaban juntos, lo cual presentaba siempre el aspecto de un banquete,» y el cardenal mismo era en ella el más bello ornamento. Soberbiamente vestido, bello, galante con una urbanidad exquisita, la más insignificante de sus sonrisas era un favor. «Su cara siempre risueña inspiraba confianza; tenía la verdadera fisonomía del hombre destinado á brillar.»

Tal es, también, la actitud y la ocupación de los principales señores laicos, en su casa, en verano, cuando la afición á la caza y los atractivos de la bella estación les llevan á sus posesiones. Así, por ejemplo, Arcourt en Normandía y Brienne en Champagne, son dos de los castillos mejor habitados. Á

ellos van de París personas notables y distinguidos literatos, y la nobleza de la comarca hace en los mismos una corte asidua.» Así lo dicen Beugnot, I, 71, y Hippeau, en su *Gobierno de Normandía*. No hay residencia sobre la que no caigan verdaderas bandadas de gente de buena sociedad, para en ellas comer, bailar, cazar, conversar, dibujar y representar. Por el rastro que dejan en pos, puede seguirse, de vuelo en vuelo, á esas aves brillantes; se están una semana, un mes, tres meses, ostentando su plumaje y su ramaje. De París á Isle-Adam, á Villers-Cotterets, á Fretoy, á la Planchette, á Soissons, Reims, Grisolles, Sillery, Braine, Balincourt y Vaudreuil, el conde y la condesa de Genlis, como se ve en sus *Memorias*, pasean así su ocio, su imaginación y su alegría en casa de los amigos, á quienes á su vez reciben en Genlis. Una ojeada dada por las afueras de estas casas bastaría para demostrar que el primer deber en aquel tiempo era el de ser hospitalario, así como el de estar acompañado era la primera necesidad. En efecto, su lujo difiere del nuestro.

Exceptuando algunas casas de príncipe, no es mucho, en cuanto al mobiliario de campiña; esto se deja para los banqueros. «Pero es prodigioso, en todo lo que puede dar goce á los demás, caballos, carruajes, mesa servida, alojamiento dado hasta á personas no afectas á la casa, sitio para los espectáculos que se dan á los amigos; finalmente, hasta en los criados, mucho más numerosos que ahora.» En virtud de este roce mútuo y continuo, los nobles más toscos pierden el moho que todavía cubre á los de Alemania ó de Inglaterra. En Francia se encuentran muy pocos *squires* Western ó barones Thunder-tronck una señora de Alsacia, que vió en Franckfort á los grotescos hidalgos pelones de Westfalia, queda admirada del contraste. Los de Francia, hasta en las provincias apartadas, han frecuentado los salones del intendente ó del comandante, y hallado de visita algunas señoras de Versalles. Por esta razón, «tienen siempre alguna costumbre de las buenas maneras, y se hallan bastante enterados de los cambios de la moda, en los usos y en el traje.» El más incivil baja, sombrero en mano, hasta la puerta acompañando á sus huéspedes y dándoles las gracias por el honor de su visita. El más rústico halla en el fondo de su memoria algunos restos de caballeresca galantería, cuando se encuentra al lado de una señora. El más pobre y retirado, reserva su vestido azul y su cruz de San Luís, para poderse presentar, en ocasión oportuna, sus respetos al gran señor vecino suyo, ó al príncipe que está de paso.

De esta manera, se ha transformado por entero el antiguo régimen feudal, desde lo más alto á lo más bajo de su escala. Si pudieran verse de una ojeada sus treinta ó cuarenta mil palacios, casas, abadías, mansiones, ¡qué decoración más bella y brillante ofrecería la Francia!... Es un verdadero salón, y en ella sólo veo gente de salón. Por todas partes los rudos jefes con autoridad, hánse convertido en graciosos anfitriones. Pertenecen á aquella sociedad en

la que antes de admirar inmediatamente á un gran general, se preguntaba «si era amable.» Ciertamente que todavía ciñen espada al lado, que son valientes por amor propio y tradición, que saben hacerse matar, sobre todo en duelo y con las debidas reglas; pero el carácter de buena sociedad ha recubierto el antiguo fondo militar, y al fin del siglo XVIII su gran talento consiste en saber vivir, y su verdadera ocupación en recibir ó en ser recibidos.



El Pueblo y la Abadía



CAPITULO II

La vida de salón.—Sólo en Francia es perfecta.—Argumentos fundados en el carácter francés.—Argumentos fundados en el tono de la corte francesa.—Esta vida se hace cada vez más grata y absorbente.—Subordinación de los demás intereses y deberes.—Indiferencia por las cuestiones públicas.—Éstas sólo son objeto de chistes.—Negligencia en los negocios privados.—Desorden en la casa y abuso del dinero.—Divorcio moral de los esposos.—La galantería.—Separación de los padres y de los hijos.—La educación, sus vacíos y su objeto.—Tono de los criados y proveedores.—El sello de mundo es universal.—Atractivo de esta vida.—El saber vivir en el siglo XVIII.—Su perfección y sus recursos.—Autoridad de las mujeres para enseñarla y prescribirla.—La felicidad en el siglo XVIII.—Placer del lujo y de las reuniones.—Ociosidad, pasatiempo, entretenimiento.—El buen humor en el siglo XVIII.—Sus causas y efectos.—Tolerancia y licencia.—Bailes, fiestas, cazas, festines, placeres.—Libertades de los magistrados y prelados.—Principal diversión, la comedia de sociedad.—Alardes y excesos.

I

QTRAS aristocracias en Europa fueron arrasadas por parecidas circunstancias á costumbres semejantes. También en ellas produjo la monarquía la corte, que originó á su vez la fina sociedad; pero esta bonita planta sólo á medias se desarrolló. La tierra le era desfavorable y la semilla no era de buena calidad. En España, el rey vive encerrado en la etiqueta, como una momia en su caja, y el orgullo, harto rígido, incapaz de inclinarse hasta la amenidad de la vida mundana, no conduce sino al tétrico fastidio y al fausto insensato. En Italia, bajo el reinado de príncipes, pequeños déspotas, y, en su mayor parte, extranjeros, el peligro continuo y la deficiencia hereditaria, después de haber atado las lenguas, dirigen los corazones hacia los goces íntimos del amor ó hacia los mudos placeres del arte. En Alemania é Inglaterra, su temperamento frío, pesado y rebelde á la cultura, retiene al hombre, hasta el fin del siglo último, en la soledad, la embriaguez y la brutalidad; circunstancias comprobadas respectivamente á estas naciones por de Loménie, los señores de Aulnoy, Villars, Stendhal, el margrave de Bareith, el caballero Lang, y, finalmente, por el autor de esta obra, en su *Historia de la*

literatura inglesa. En Francia, por el contrario, todo conspira á hacer que florezca el espíritu de sociabilidad; el genio nacional, en este punto, está de acuerdo con el régimen político, y no parece sino que se haya previa y expresamente escogido la planta para esta tierra.

Por instinto es el francés aficionado á estar en compañía, y la causa de ello es que practica bien y sin molestia todos los actos que consigo lleva lo sociedad. El francés no siente la falsa vergüenza que embaraza á sus vecinos del Norte, ni las pasiones violentas que absorben á los del Mediodía. No necesita hacer esfuerzo alguno para departir; no tiene timidez natural que vencer, ni preocupación habitual que dominar. Departe, pues, fácil y libremente, y halla en ello un placer. Porque lo que necesita es una dicha de especie particular, fina, ligera, rápida, incesantemente renovada y variada, en que su inteligencia, su amor propio, en que todas sus facultades simpáticas y vivas hallan grato pasto; y esta clase de dicha nada como la sociedad y la conversación para procurarla. Sensible como es, las consideraciones, los miramientos, las oficiosas complacencias, la adulación delicada, constituyen el aire natal,